



Un rabino lee el Talmud en una sinagoga española, S. XIV.
British Library de Londres.



LA EXPULSIÓN DE LOS JUDÍOS EN ESPAÑA A TRAVÉS DE LA NOVELA

Anabel Sáiz Ripoll Doctora en Filología

LA EXPULSIÓN DE LOS JUDÍOS, ASÍ COMO LOS PREÁMBULOS DE LA MISMA Y LOS DISTINTOS AVATARES POR LOS QUE HUBO DE PASAR ESTE PUEBLO SE RECOGEN EN LA LITERATURA DE MANERA AMPLIA Y MUY APETECIBLE. SON MUCHAS LAS NOVELAS QUE, SUSTENTÁNDOSE EN UNA BASE HISTÓRICA, TEJEN DISTINTAS PERIPECIAS HUMANAS CON LOS CUALES AÚN HOY EN DÍA NOS CONMOVEMOS...



in pretender enjuiciar qué pasó, pues- to que quien escribe estas líneas no es historiadora sino filóloga, trataremos de centrar las coordenadas históricas de ese momento, especialmente nefasto para España y, paralelamente, veremos cómo se refleja en la literatura.

El 31 de marzo de 1492, Isabel y Fernando firman en Granada el decreto de expulsión de los judíos. Bien, ese es un año importante, por un lado, y terrible por el otro. De todos es sabido que en 1492 se reconquista Granada. También es el año en que Colón nos abre al Nuevo Mundo y para las letras es el año de la publicación de la "Gramática" de Nebrija.

Con el decreto de expulsión se llega al final (o eso se suponía) de un largo conflicto y al principio de la peregrinación de miles de personas que no tenían otra culpa que la de ser judíos. Los conocidos como sefardíes o sefarditas abandonaban su Patria sin remedio, de la que se llevaron el idioma y a la que dejaron huérfana de un rico acervo cultural. Como bien dice Luis Suárez: "Segregación radical de los

judíos, limitaciones impuestas a sus actividades económicas, traslado desde las regiones señaladas como más peligrosas por los tribunales inquisitoriales, todo parece indicar que, desde 1485, en ciertos círculos de la Corte había plasmado ya la idea de una "solución total" al problema de la existencia de los judíos. No cabía, dentro de la mentalidad del tiempo, dominada por el *cujus regio*, que todos practicaban aunque no se hubiese formulado todavía, la única solución justa, consistente en reconocer que, con su fe y todo lo que de ésta derivaba, los judíos significaban un valor que debía ser protegido. Los Reyes Católicos operaron de un modo muy estricto, dentro de la forma de pensar de su época, ni más modernos ni más arcaicos que los otros soberanos: tenían que conseguir la unidad religiosa para la comunidad política, y ante este bien supremo, cedían las otras consideraciones, en especial el perjuicio económico que la medida iba a causarles. De éste fueron conscientes. En cambio, no tenemos noticia de que hayan percibido el otro daño: la maduración del sefardismo en corrientes de influencia humanística, tercera etapa en la evolución



Santa María la Blanca,
antigua sinagoga del barrio judío de Toledo.

“EN LOS CIPRESES DE CÓRDOBA, Yael GUILAD, NOS SITÚA UNA HISTORIA AMBIENTADA EN LA CÓRDOBA DEL S. X DONDE, BAJO EL DOMINIO DE ABD AL-RAHMAN III, PARECE QUE LA CONVIVENCIA ERA ALGO POSIBLE, Y QUE INCLUSO SE PODÍA CREAR UN PRINCIPADO JUDÍO INDEPENDIENTE”

de su cultura, ya no se daría en España y, en muchos aspectos, ya no se daría en absoluto” (Suárez Fernández, 1990: 91-92).

Y eso ocurría en España, lugar donde tres religiones parecían haber coexistido sin excesivos problemas, al menos en la superficie, aunque sí en un delicado equilibrio. Durante siete siglos los cristianos fueron reconquistando los estados árabes; tarea, que como ya se ha dicho, culminó en 1492 con la conquista de Granada. Los judíos, por otra parte, estaban en España o en Hispania desde la conquista de Roma: “Ya fuese porque los primeros judíos llegasen a Toledo poco después de la caída de Babilonia aunque el rigor histórico impida hacer tal precisión, el

caso es que una minoría judía importante vive en la Península desde los comienzos de la era cristiana. Sin embargo, el problema judío sólo se planteó a principios del siglo VII. En 663, en el cuarto Concilio de Toledo, fueron dictadas medidas contra los herejes judaizantes: éstos serían puestos a disposición de los obispos para ser castigados y obligados a abandonar el judaísmo; además, se les privaría de sus hijos y se concedería libertad a sus esclavos. No hacía falta más para impulsar las persecuciones. Algunos años más tarde, el antagonismo entre cristianos y judíos es modificado por la invasión árabe. Solidarizándose con los invasores, los judíos no se sienten descontentos de vengarse

de sus perseguidores. Estos no olvidarían esa actitud, y, más tarde, la sacarían a colación” (Varios, 1983: 27-28)

En *Los cipreses de Córdoba*, Yael Guilad, nos sitúa una historia ambientada en la Córdoba del S. X donde, bajo el dominio de Abd al-Rahman III, parece que la convivencia era algo posible, y que incluso se podía crear un principado judío independiente, aunque no fue posible: “Pocos conocen tan bien como yo la endémica debilidad del país al que nuestra familia han servido con honor durante tres generaciones”, dice uno de los rabinos antes de iniciar el exilio. (Yael Guiladi, 2003:449)

Ambientada en el 1064, *El puente de Alcántara*, de Frank

Baer, es una vasta novela que se sitúa en la época en que también parecía posible la convivencia entre cristianos, árabes y judíos, aunque ya había alguna animadversión. En un momento determinado, el médico judío se ve envuelto en una peripecia ya que lo acusan de algo terrible (y es un monje quien lo hace): “¡Y este judío, este hereje y enemigo de nuestro Señor Jesucristo, fue quien entregó al demonio esa alma desgraciada! ¡Fue éste quien lo hizo!” (Baer, 2003: 268)

Alfonso X quien revitalizó el papel público de los judíos con la Escuela de Traductores de Toledo. Precisamente, Beatriz, la protagonista de *La copista del rey Alfonso*, de Yael Guilad, vive este periodo cultural. También, Pedro Jesús Fernández sitúa en la época de Alfonso X, en 1257, en un momento en que se empezaba a

ver con hostilidad su tolerancia hacia los judíos, su espléndida novela *Peón de Rey*.

Los judíos, con el tiempo, alcanzaron un poder económico y financiero muy alto. De ahí que los cristianos vayan, poco a poco, albergando resquemores e imputando a los judíos de todos sus problemas. A partir del S. XIV se va a resquebrajar esa aparente convivencia: “... Ya no les era posible a los cristianos, a los musulmanes y a los judíos vivir bajo el mismo techo, porque el cristiano se sentía suficientemente fuerte para destruir la costumbre secular de España, en virtud de la cual la población cristiana guerreaba y cultivaba la tierra, la árabe construía casas y la judía la empresa en calidad de agente del fisco y de técnico experimentado”.

Toti Martínez de Lezea sitúa su novela *Los hijos de Ogaiz* en el año

1328, en Navarra. Es una novela espléndida que nos narra la destrucción de Olgacena, una de las juderías más importantes de Navarra, y la muerte de prácticamente todos sus vecinos, aparte del hambre y la epidemia de peste negra que asoló el lugar.

Para tratar de evitar las hostilidades, los judíos (o un gran número de ellos) se convierten al cristianismo, aunque no serán muy bien vistas estas conversiones por los cristianos viejos (los llamados los lindos). En muchos casos la conversión fue sincera, pero en otros sólo se trataba de un arreglo superficial que permitía a los judíos seguir con sus negocios, aparentar que eran cristianos y, en sus casas, seguir profesando su religión: “Son lanzadas contra los judíos las peores acusaciones. Incluso se les achacará la práctica de muertes o ser responsables de

Grabado infame que recrea la tortura de un niño cristiano en manos de judíos. Biblioteca Municipal de Trento.



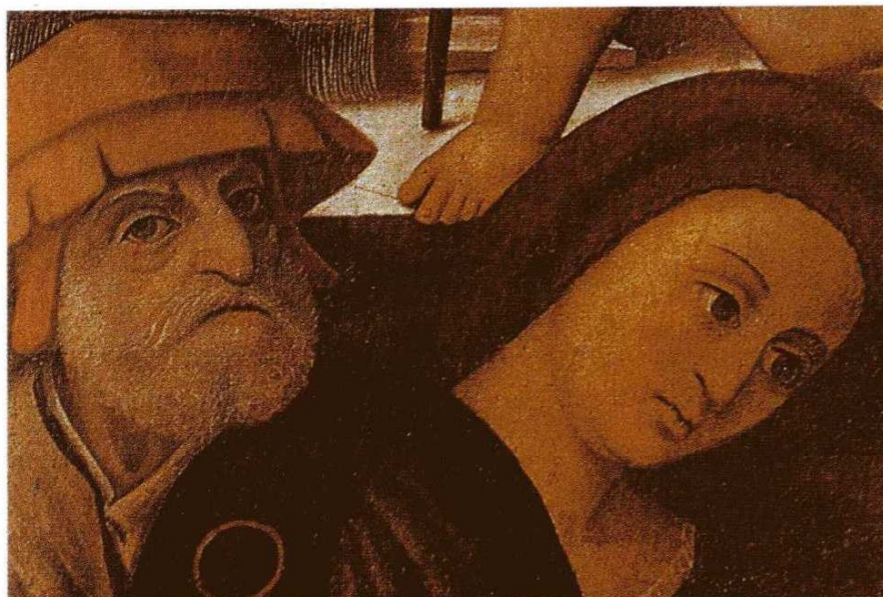
“OTROS SE DIRIGIERON A PORTUGAL, DONDE SE LES PERMITIÓ ENTRADA MEDIANTE EL PAGO DE UN FUERTE IMPUESTO. ALGUNOS FUERON A NAVARRA; OTROS SE DIRIGIERON A LOS BALKANES, DONDE AÚN HOY SUS DESCENDIENTES HABLAN UN DIALECTO SALPICADO DE PALABRAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XV”

la propagación de las plagas más espantosas, como la peste. No hace falta más para inflamar los espíritus y provocar nuevas matanzas. Sevilla, Toledo, Barcelona, Valencia, Burgos, son otros tantos teatros de matanzas que causan decenas de millares de muertos. Los judíos de España, aleccionados por tantas desgracias, deciden sacar el mayor provecho posible de la situación: ya que no pueden escapar a la matanza, hallarán la salvación en la conversión. En el siglo XV, más de un millón de judíos engrosarán la lista de los conversos: nuevos cristianos a los que sus correligionarios, de los que se han separado, les llamarán “marranos”, término despectivo y cruel” (Martínez de Lezea, 2002: 29).

En el S. XV, pues, judíos o judíos conversos siguen ocupando posiciones destacadas en la sociedad y cada vez despiertan mayores sospechas y rabias. Ahora ya no se trata

sólo de un aspecto social, sino religioso. Noah Gordon escribe en *El último judío*: “Los judíos habían alcanzado las más altas posiciones en la sociedad hispana. Habían servido a los reyes y a los emires por igual, y habían prosperado como médicos, diplomáticos, prestamistas y financieros, cobradores de impuestos y mercaderes, campesinos y artesanos. Al mismo tiempo, casi en todas las generaciones habían sido víctimas de matanzas a manos de muchedumbres alentadas directa o indirectamente por la Iglesia” (Gordon, 1999: 31)

No se cree que se hayan convertido de manera sincera, se sospecha de herejías y crecen los odios. Tanto es así que Alonso de Ojeda, prior dominico, pide a los Reyes la instauración de un tribunal que vele por estas cuestiones, la Inquisición. Como bien dice, Fernando Vizcaíno Casas, la Inquisición “No fue invento de los



Judíos de Mantúa. S. XV. Museo del Louvre, París.

Reyes Católicos; ya en el siglo XIII había existido en Aragón y por eso se habló de la nueva Inquisición cuando en 1479 se restableció el Tribunal del Santo Oficio y volvieron a celebrarse los Autos de fe” (Vizcaíno Casas, 1992: 86)

La bula que autoriza a los Reyes a restaurar la Inquisición se firma el 1 de noviembre de 1478; aunque éste ya sería otro tema que bien merecerá un nuevo estudio; pero hemos querido mencionarlo porque va muy ligado a la cuestión que nos ocupa. Sigue recordándonos Vizcaíno Casas que “... las restricciones legales para los judíos ya existían y venían de antiguo. En 1465 se les recuerda el incumplimiento por su parte de la obligación de vivir en las juderías o alja-



La peste negra asola a la población por culpa de los judíos. Imagen francesa. Biblioteca Real, Bruselas.

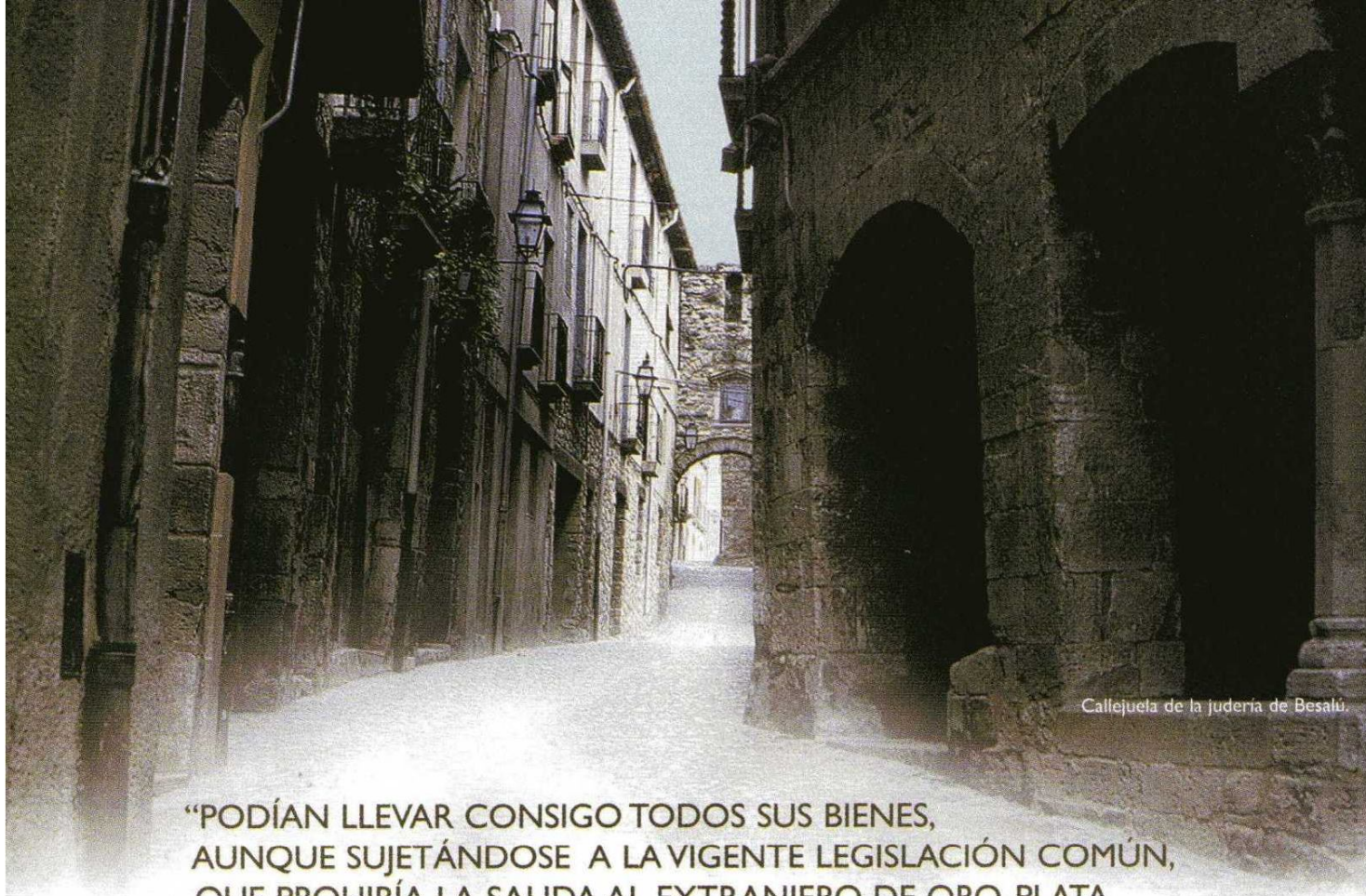
mas; llevar señales cosidas en las ropas que delaten su origen; no trabajar en público los domingos y festivos; no salir durante la Semana Santa, desde el mediodía del jueves hasta la mañana del sábado de gloria y limitar la adquisición de inmuebles. Medidas todas ellas preexistentes, que no se respetaban y que continuarían quedando en pura teoría” y añade más abajo un motivo crucial para este antisemitismo: “Para los españoles, los judíos eran la raza deicida y maldita; nunca vieron con agrado que siguieran celebrando los ritos de su religión en las sinagogas, que en ocasiones profanasen la Eucaristía y aún menos, naturalmente, que, en algún caso, llegasen a cometer

actos sangrientos, dentro de ese mismo ritual” (Vizcaíno Casas, 1992:122-123)

A este respecto podemos hablar de un caso que conmocionó a la opinión pública y que aún hoy no está aclarado. Hablamos del proceso que se estableció contra dos judíos y tres falsos conversos, acusados que haber crucificado en La Guardia a un niño cristiano el viernes santo. Fueron hallados culpables y ajusticiados, aunque la desaparición del niño nunca fue denunciada. Es más, en el pueblo de La Guardia ese presunto niño es su Patrón. Manuel Fernández Álvarez, entre otros, estudia este proceso y concluye: “Lo que sí es seguro es que el proceso produjo una fuerte conmoción social y la

ejecución de los condenados el 16 de noviembre de 1491, cinco de ellos quemados vivos, prueba la crispación social que subsistía contra los judíos en vísperas del decreto regio sobre su expulsión” (Fernández Álvarez, 2004: 292)

En 1476 se inicia la novela *Oravida. Una mujer judía en la España del S. XV*, de Yael Guiladi. Y se inicia ese año precisamente para festejar la victoria castellana sobre los portugueses; pero las relaciones hacia los judíos eran cada vez más tensas como se plasman en esta novela. Toledo. Sevilla. La Terrible Inquisición. El odio y las vejaciones. Todo lo podemos leer como un fresco de lo que era la vida para los judíos en esos tiempos duros. Transcribimos



Callejuela de la judería de Besalú.

**“PODÍAN LLEVAR CONSIGO TODOS SUS BIENES,
AUNQUE SUJETÁNDOSE A LA VIGENTE LEGISLACIÓN COMÚN,
QUE PROHIBÍA LA SALIDA AL EXTRANJERO DE ORO, PLATA,
MONEDAS Y CABALLOS”**

un fragmento de una de las intervenciones vehementes de Jufré que no entiende el porqué de la persecución religiosa y se expresa en los siguientes términos, muy duros por otra parte: “¡Al diablo el crucifijo! —estalló Jufré dándole un puntapié a un tronco a medio consumir que soltó chispas-. ¿No había muerto por amor a sus semejantes Jesús el judío? ¡No es el crucifijo lo que nos amenaza, sino eso en lo cual lo convirtieron! Nuestra madre Iglesia, como ellos la llaman... Pero es una madre “inmaculada”, que nunca conoció el amor, una madre monstruosa que rechaza a sus ancestros, ahogando el talento de sus propios hijos y disponiéndose a quemar a aquellos que pretende haber prohibido. Esta es una Iglesia que predica el odio contra todos los que no se inclinan ante ella con abyecta humildad. David se negó a caer en este ciego fanatismo y, a mi manera, yo hago lo mismo” (Guiladi, 2003: 192)

Por si esto no fuera poco, en Zaragoza, en 1485, los judíos fueron acusados de asesinar al inquisidor Pedro de Arbués. Así es que los Reyes, en especial Fernando, tuvieron que adoptar una decisión, pero antes había que acabar con el reino nazarí de Granada. De todas formas, a Noah Gordon le parece que fue la reina quien tuvo mayor protagonismo y escribe, en boca de un rabino: “El rey es también un hombre capaz de profesar amistad y mostrar simpatía, pero últimamente la reina Isabel se ha vuelto contra nosotros. Fue educada en el aislamiento por unos clérigos que moldearon su mente. El inquisidor general Tomás de Torquemada, mal rayo lo parta, fue confesor de Isabel durante su infancia y ejerce influencia sobre ella” (Gordon, 1999: 49-50)

Poco antes, en Sevilla, en febrero de 1481, tres sevillanos prominentes fueron quemados en la hoguera acusados de herejía. Es evidente, no obstante, que no

todos los conversos eran cristianos infieles. Como nos recuerda Nancy Rubin: “Muchos de ellos, que ostentaban cargos prominentes dentro de la sociedad castellana, llevaban vidas perfectamente cristianas. Tres de los secretarios de Isabel y Fernando —Alfonso de Ávila, Fernando Álvarez de Toledo y Fernando del Pulgar— tenían sangre de conversos. Hasta Tomás de Torquemada, el devoto sacerdote dominico que había insistido para lograr la bula de 1478, era descendiente de conversos. Fernando confiaba profundamente en sus asesores financieros conversos, entre los que se contaban Luis de Santángel, Alfonso de la Caballería y Gabriel Sánchez” (Rubin, 1991:269).

A finales de 1491, el temible Torquemada visitó a los reyes en Santa Fe para instarles a que tomaran una decisión acerca de la influencia corruptora que ejercían los judíos. Continuamente circulaban rumores que implicaban a los

judíos en crímenes horribles; pero pese a todo los Reyes se resistían porque los judíos los habían servido con fidelidad y eran primordiales para las finanzas. En una leyenda que actualmente circula por internet, "La rosa de la pasión" se recogen todos los tópicos negativos que se aplicaba al pueblo judío: "Era este judío rencoroso y vengativo, como todos los de su raza, pero más que ninguno engañador e hipócrita".

César Vidal en *La dama de la reina Isabel* recoge, para los jóvenes, el porqué de la expulsión y la conmoción que causó en algunas gentes que los consideraban inocentes: "Pobre gente inocente. Estos judíos no habían combatido contra España ni habían llamado a aliados extranjeros para que lucharan contra nosotros" (Vidal, 2003: 181)

Hay distintas hipótesis que nos hablan de la actuación de los Reyes. Sea como sea, el 31 de marzo de 1492 firmaron un edicto exigiendo que todos los judíos, que no quisieran bautizarse, abandonasen Castilla y Aragón en un plazo de cuatro meses. Veamos parte de este decreto: "Es bien sabido que hay en nuestro reino algunos malos cristianos que han

abandonado nuestra santa fe católica debido a la gran comunicación entre judíos y cristianos. Las cortes de 1480 ordenaron separar a los judíos de las ciudades, poblaciones y aldeas de nuestros reinos y territorios, y mantenerlos en ghettos aislados... con la esperanza de que esta separación resolvería el problema. También hemos establecido la Inquisición en nuestro reino durante doce años, y durante ellos hemos visto muchos casos que revelan su culpabilidad. Los inquisidores y muchos otros individuos religiosos nos han informado... que resulta gran daño para los cristianos a partir de su participación, conversación y comunicación con los judíos, y se ha probado que éstos han podido traicionar nuestra fe católica... Así nosotros, tras consultar con preladados, grandes y caballeros y otras personas prudentes de nuestro reino, después de mucha deliberación... hemos decidido ordenar a los judíos que abandonen nuestro reino para no regresar jamás" (Vidal, 2003: 181).

La orden cayó como un mazazo entre la población judía. Parece que afectaba entre las 75.000 y las 200.000 personas. Nos podemos

imaginar el desconcierto que causó y la ventaja que sacaron de esta orden muchos cristianos que compraron las propiedades de los judíos a precios irrisorios. La propia corona confiscó las aljamas, cementerios y sinagogas de Castilla. Muchos judíos trataron de ocultar sus bienes entre las ropas y los más desesperados se tragaron lo que pudieron. Y es que "Podían llevar consigo todos sus bienes, aunque sujetándose a la vigente legislación común, que prohibía la salida al extranjero de oro, plata, monedas y caballos" (Vizcaíno Casas, 1992: 124)

La solución que se les daba era la conversión. Hubo esfuerzos para lograr esta captación religiosa. Un ejemplo de persona pública importante que se convirtió es el de Abraham Seneor, que fue apadrinado en el monasterio de Guadalupe por los Reyes y tomó el nombre de Fernando Núñez Coronel. Además se incorporó al Consejo Real que era el más alto organismo de la Monarquía.

No obstante, la mayoría, los sefardíes, optaron por expatriarse. Y su peregrinación fue larga y dolorosa. Partieron hacia Portugal, hacia el Imperio turco,

Condema y ejecución de un judío profanador de la biblia y un cáliz consagrado. Espejo de Sajonia, s. XIII. British Library, Londres.



“LA ORDEN CAYÓ COMO UN MAZAZO ENTRE LA POBLACIÓN JUDÍA. PARECE QUE AFECTABA ENTRE LAS 75.000 Y LAS 200.000 PERSONAS. NOS PODEMOS IMAGINAR EL DESCONCIERTO QUE CAUSÓ Y LA VENTAJA QUE SACARON DE ESTA ORDEN MUCHOS CRISTIANOS QUE COMPRARON LAS PROPIEDADES DE LOS JUDÍOS A PRECIOS IRRISORIOS”

hacia Roma, en donde fueron bien acogidos por el Papa Alejandro VI, y sufrieron toda clase de penalidades. Parece que partieron unos ciento sesenta mil judíos, según las fuentes. Los que fueron a Portugal en principio estuvieron bien acogidos pero, después, empezaron a sufrir persecuciones también: “Otros se dirigieron a Portugal, donde se les permitió entrada mediante el pago de un fuerte impuesto. Algunos fueron a Navarra; otros se dirigieron a los Balcanes, donde aún hoy sus descendientes hablan un dialecto salpicado de palabras españolas del siglo XV. Los judíos que fueron al África tuvieron que padecer la

crueldad y codicia de los moros. Pagaron al rey de Fez para que los protegiera, pero éste recibió el dinero que le dieron, y después ordenó que les robaran. Soldados musulmanes violaban a las mujeres y jóvenes judías ante los propios ojos de los esposos y hermanos, matando a los que se atrevían a protestar. Evidentemente, estos bárbaros creían también que las mujeres judías habían tragado oro, porque después de deshollarlas rasgaban sus vientres con cimitarras para buscar los ducados” (Walsh, 1993: 202).

Concha López Narváez en *El tiempo y la promesa*, novela juvenil, habla de la repercusión del

edicto de expulsión en Vitoria. Tres amigos, Juan, Francisco e Isaac han de ver sus vidas separadas por ese motivo. Juan porque descubre que es converso, Isaac porque es judío y Francisco porque es cristiano y será envenenado por los comentarios antisemitas de su madre. Interesa mucho recoger las reflexiones de Juan cuando se entera de que procede de ancestros judíos: “¿Y él cómo se sentía dentro de su corazón? Cristiano seguía sintiéndose en su interior, pero, ¿lo era cuando seguía las ceremonias del Sabbath? ¿Lo fue cuando participó del Pesaj y gozó oyendo el canto de los enamorados que festejaban su amor en prima-

Judíos de Colonia condenados a la hoguera. Xilografía del siglo XV.



vera? ¿O era cristiano cuando los domingos en la Iglesia sus labios se movían para orar al Padre de Jesús que desde lo alto lo veía?” (López Narváez, 1994: 49)

Precisamente en esta novela se aborda una promesa entre los judíos que partieron y los cristianos. Los médicos judíos antes de partir hicieron todo lo posible para ayudar a los enfermos de peste y, en agradecimiento, los cristianos mantuvieron una promesa: “Os solicitamos que el campo de Judizmendi, donde reposan los restos de nuestros hermanos que nos precedieron en la muerte, quede siempre libre del arado y de la azada, tal como ahora está (...). Luego firmaron acta de donación para que las generaciones venideras tuvieran noticia cierta de lo acordado aquel día 27 de junio de 1492...” (López Narváez, 1994: 149)

Carmen de la Bandera, en otra novela juvenil, *Un hoyo profundo al pie de un olivo*, se sitúa en Sevilla donde la comunidad judía vive holgadamente, aunque son muchas las voces que se alzan en contra. Samuel es judío y tiene 12 años; Carmen es cristiana y tiene 13. Los dos se enamoran. Cuando llega el edicto tienen 22 y 23 años respectivamente y se prometen amor eterno. Mantienen un pacto. Para ellos la religión es lo que los une, no lo que los separa: en un hoyo, al pie de un olivo, entierran una estrella de David y una cruz. Con el tiempo, superados los 30 años, se escribirán y se recordarán en la distancia porque ni el Santo Oficio ni la estupidez humana han acabado con su amor. En su siguiente novela, *De Fez a Sevilla*, ambos jóvenes, al fin, pueden continuar su amor.

Los historiadores no se ponen de acuerdo a la hora de juzgar el decreto y la responsabilidad de los Reyes Católicos. Desde nuestra perspectiva, el caso es que se desarraigó a cientos de personas con una excusa que hoy en día se nos antoja muy endeble, pero que en su momento tuvo una gran repercusión social y popular. Acaso esté bien que hagamos como Vizcaíno Casas quien opina, a la luz de la

abundante historiografía que hay sobre el tema, que “Parece, pues, claro, que no cabe hablar de racismo, sino más bien de una conciencia religiosa profundamente arraigada en Isabel y Fernando, del todo congruente con los criterios que la Iglesia Católica mantenía en aquel tiempo” (Vizcaíno Casas, 1992: 125).

Mientras en España, los conversos posteriores a 1492 empezaban una nueva vida y seguían ascendiendo en la escala social pese a los obstáculos, ya que la barrera religiosa no existía. Los conversos ocuparán puestos importantes en la administración, la Universidad, las finanzas, el comercio, las profesiones liberales, la Corte, la propia Iglesia y la literatura. Bien, es bueno recordar aquí mismo a Fernando de Rojas, el autor converso de *La Celestina* y a la propia Santa Teresa de Jesús, con antepasados conversos, como dos ejemplos de la literatura.

De todas maneras, no fue para ellos una vida fácil. Recordemos el libro de Carme Riera, *Dins el darrer blau*, que narra un episodio terrible. El 7 de marzo de 1688, en Mallorca, un grupo de judíos conversos, los llamados *xuets*, esperan un barco que los llevará a la libertad, al otro lado del mar porque temen el poder de la Inquisición. No pueden marcharse por el mal tiempo y son detenidos y aquí empieza su calvario. Hasta 1691 no se dio por cerrado el juicio. Es más, se celebraron cuatro Autos de Fe y 37 personas fueron llevadas a la hoguera. Un terrible capítulo de nuestra historia negra.

Muchas otras novelas podríamos mencionar y por falta de espacio han quedado fuera, aunque el episodio que hemos tratado de reseñar, con las palabras de quienes lo han estudiado o lo han narrado, es suficientemente atractivo, por un sinfín de razones que, ni para la historia ni para la literatura, están acabadas. Esperemos que este breve bosquejo sirva de entrada a otros muchos curiosos que encontrarán nuevas claves qué investigar y otras historias qué leer.

Imagen dieciochesca de un judío.
Museo de la Diáspora, Tel Aviv.

PARA LEER MÁS

- Alcalá, Ángel (ed): *Judíos. Sefarditas. Conversos. La expulsión de 1492 y sus consecuencias*, Valladolid, Ámbito, 1995.
- Baer, Fran: *El Puente de Alcántara*, Barcelona, Planeta, 2003.
- Fernández Álvarez, Manuel: *Isabel la Católica*, Madrid, Espasa Fórum, 2004.
- Gordon, Noah: *El último judío*, Barcelona, Ediciones B, 1999.
- Guiladi, Yael: *Los cipreses de Córdoba*, Barcelona, Planeta, 2003.
- Guiladi, Yael: *Orovida. Una mujer judía en la España del S. XV*, Barcelona, Planeta, 2003.
- López Narváez, Concha: *El tiempo y la promesa*, Madrid, Bruño, 1994.
- Martínez de Lezea, Toti: *Los hijos de Ogaiz*, Ttarttalo, Donosita, 2002.
- Rubin, Nancy: *Isabel de Castilla. La primera reina del Renacimiento*, Madrid, Apóstrofe, 1991.
- Suárez Fernández, Luis: *Los Reyes Católicos. La Expansión de la fe*, Madrid, Rialp, 1990, (Forjadores de la Historia).
- Varios: *La Inquisición*, Madrid, Urbión, 1983.
- Vidal, César: *La dama de la reina Isabel*, Madrid, Santillana, 2003.
- Vizcaíno Casas, Fernando: *Isabel, camisa vieja*, Barcelona, Planeta, 1992 (Memoria de la Historia).
- Walsh, W. T.: *Isabel, la Cruzada*, Barcelona, Círculo de Lectores.